

«Agarrar la punta de la madeja»

Entrevista a Graciela Sapriza

Gabriela González Vaillant y Diego Sempol¹

Para empezar contanos cómo fue tu llegada al campo de la historia.

En realidad, ingresé a la universidad a los 16 años, al entrar a Bellas Artes, donde cursé como cinco años. Cuando finalicé los preparatorios (el bachillerato) decidí ingresar a la Facultad de Humanidades con la idea de preparar el examen de ingreso al IPA (Instituto de Profesores Artigas), que era muy exigente y te llevaba mínimo un año de estudios. Pero después me gustó mucho más la investigación que la docencia. Me formé en el viejo edificio que estaba ubicado en la calle Juan Lindolfo Cuestas y me sorprendió la dictadura antes de terminar mi carrera. Pero mis estudios fueron muy pausados porque tuve cuatro hijos durante esos años. Me anoté en dos licenciaturas: Filosofía e Historia. Hoy me río de las cosas que pensaba en esa época: como estábamos en un momento revolucionario opté por estudiar Historia, que era más «comprometido» que la Filosofía. Parecería que fue un error (*risas*). Pero estaba la idea esa de que lo que estabas estudiando tenía que ser una herramienta de transformación futura.

Aparte, en ese momento, en la licenciatura en Historia estaban Juan Oddone y Blanca Paris; nos visitaba mensualmente José Luis Romero y también venía con frecuencia Tulio Halperín Donghi, ambos de Argentina. Yo cursaba Historia del Uruguay y América Latina, después tenías las materias complementarias con Ángel Rama, Mercedes Rein, Darcy Ribeiro y Arturo Ardao. En general hice bastantes cursos de Filosofía y Literatura. Es que la interdisciplina me atrajo desde el arranque. La propuesta fue muy formativa. En ese momento te podías pasar un año y medio o dos investigando para hacer una monografía, y eso implicaba estar horas en la Biblioteca Nacional, si hacías prensa, o en el Archivo. Ahí es donde tuvimos muchos de nosotros una formación paralela con Oscar Murat, un *orejano*, que nunca se quiso recibir para no institucionalizarse, era absolutamente genial, una especie de personaje onettiano, bien de esos años, los tardíos sesenta. Él era más grande que nosotros, nunca supimos de qué vivía (creo que era propietario de unos campos en Canelones) y estaba totalmente actualizado con la bibliografía más de punta en ese momento. Tenía enfoques muy originales y además conocía muy bien la Biblioteca Nacional y sus vericuetos. Nos reuníamos a veces en la cantina de la Biblioteca, que para mí fue un espacio tan formativo como el de muchas clases a las que asistí. En determinado momento Oscar nos decía «vamos a tomar un café, vamos a conversar» y se armaba una suerte de tertulia, mezcla de información política y de debates históri-

¹ Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

cos, siempre vinculados a lo que estábamos trabajando en ese momento. Y en esa cantina, que era muy pequeña, había apenas dos mesitas, solíamos tener siempre un tira vigilando (*risas*). Con Raúl Jacob coincidimos en que ese grupo fue básico en nuestra formación. Además de un grupo grande de estudiantes de facultad, nos cruzábamos con investigadores más veteranos; recuerdo a Barrios Pintos, Alfredo Castellanos, Arturo Ardao. Y después del golpe de estado en el '73 empezaron a aparecer «políticos desocupados» como Manuel Flores Mora, Luis Hierro Gambardella, ¡hasta Washington Guadalupe!

Pensando en tu propia trayectoria personal, ¿cómo visualizás la intersección entre lo que fue tu formación académica, la militancia social, la participación política...? Estos ámbitos se entremezclaron mucho. ¿Cuál es tu balance?

En ese momento militaba en el Grupo de Acción Unificadora (GAU) vinculado al grupo de La Teja. También había toda una propuesta de vida en comunidad. Tengo un origen católico, fui al colegio de las Domínicas, e iba a la Parroquia Universitaria. Me influyeron mucho los dominicos franceses. El que a mí me impactó más fue el cura Harguindegui, que había pertenecido al Maquis francés (de resistencia a los nazis), después cura obrero. Era de origen vasco, con mucha formación teológica. En ese momento en la Iglesia católica había fuertes enfrentamientos. Recuerdo que participé en el Teatro Solís en un encuentro en donde abucheamos a monseñor Antonio Corso, obispo de Maldonado y Punta del Este. Éramos todas chiquilinas de clase media y él decía «Fulanita, le voy a contar a tu mamá» (*risas*). A Harguindegui lo terminaron echando del país los más conservadores, la jerarquía eclesiástica.

En 1969-1970, cuando ya tenía dos hijos, tomé una suplencia en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo (IAVA). La sala de profesores, no sabés lo que era. Estaban Carlos Real de Azúa, Óscar Secco Ellauri, Carlos Pittaluga Vidal. Entonces en los exámenes, en vez de ser la secretaria de actas, sacaba apuntes de lo que decían estos viejos (*risas*). Era maravilloso, precioso escucharlos. Daba clases en el mañana temprano, 8.45 y ahí empezaban a pasar los delegados estudiantiles y a convocar a las movilizaciones. Para cuando me iba del liceo (tenía solo las dos primeras horas), ya se armaba el *tole tole* y al día siguiente me enteraba de que había habido cadenas y hasta tiros. Después se suspendieron las clases e hicimos los contracursos y fue un poco todo a los tumbos. En ese momento tenía 21 o 22 años, pero a veces igual me confundían con una estudiante. Me pasó una vez que vino el bedel y me increpó: «usted qué hace ahí» y yo tenía que mostrar la libreta. «Soy la profesora» (*risas*).

Yo estaba en una situación precaria, porque no era egresada del IPA, estaba en una lista de suplentes, daba clases en el liceo Suárez y en el Zorrilla, le hice la suplencia a Claudio Williman y era colega de José Pedro Barrán. Después del golpe, el país cambió mucho y empezó la «inquisición». Me llamaron a declarar por el paro del día del golpe de Estado. Me acuerdo que fue una funcionaria interventora que se llamaba Satanoff (*risas*). Pero siempre existieron fisuras en las dictaduras, dejar de dar clases en la enseñanza oficial no me impidió hacerlo en los colegios privados. Esos años trabajé en el Juan XXIII, el Crandon, iba cubriendo trincheras de docentes que habían sumariado, después trabajé en la Scuola Italiana y en el Stella Maris. Ahí me harté y además terminé las últimas monografías de la licenciatura. Algunas monografías tuve que rehacerlas porque con la universidad intervenida había cambiado absolutamente todo. El problema era sobre todo con las temáticas que trabajaba. Por ejemplo, había hecho un trabajo sobre «La mujer en el mundo del suburbio a través de las letras de tango» y en su momento Mercedes Rein y Ángel Rama estaban fascinados con ese tema. Pero después de 1973 eso fue para atrás y tuve que hacer fichas de la poesía iberoamericana para la docente que vino con la intervención. Y bueno, ahí terminé la facultad.

Este trabajo que hiciste sobre la mujer en la periferia, ¿fue la primera vez que entraste en los estudios sobre la mujer?

Cuando hice un diploma en idiomas en la Alianza Francesa había leído a Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir. En ese momento, ya tenía las ínfulas de que había una perspectiva de mujeres. Pero cacareaba y no mucho más. Además, estaba muy influida por la historia de la cultura, para mí un campo bastante interdisciplinario. Al menos yo lo veía así. Y allí entraban todos los «submundos», no solo la mujer. Pero había un capítulo de eso y a su vez teníamos el tema de la inmigración, el proceso de urbanización, y de modernización. Y había un poco de interés por los marginales. Y las mujeres estaban ahí.

¿La historia cultural te fue llevando a temas de mujeres?

Sí, fue con la línea de trabajo sobre la inmigración en donde también trabajamos las formas de producción familiar y el lugar que ocupaba la mujer. Creamos un grupo de estudios por fuera de la universidad con Alcides Beretta y Raúl Jacob. Espacio al que se integró Silvia Rodríguez Villamil, que en ese momento estaba en el Instituto de Historia de la Arquitectura junto con Adela Pellegrino. Allí comenzamos a trabajar sobre la inmigración italiana, pero al final Alcides se fue a España a hacer su doctorado y Raúl se dedicó a otra cosa. Entonces quedamos solo Silvia y yo. Una primera publicación conjunta fue *La inmigración europea al Uruguay: los italianos*.²

A su vez, en ese momento se estaban formando distintos centros de estudio, la «universidad extra-muros», como decía Blanca París. Ahí fue cuando nos presentamos a una beca que daba el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) para trabajar en clave comparativa la inmigración del litoral del país y fue cuando entramos en contacto con Suzana Prates. Ella era un motor de iniciativas y fue consolidando un grupo de estudios que terminó generando el Grupo de Estudios de la Condición de la Mujer (Grecmu). Las primeras reuniones fueron literalmente en el sótano y desde abajo empezamos a generar la lava. Ahí hicimos las primeras reuniones con gente política, sindicalistas, periodistas, mujeres de barrio y promovimos encuentros; allí se dio la conjunción entre gente de sociología, historia y psicología. El Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU) había empezado un ciclo en el que se formaron muchas y muchos (Mariana González Guyer, Francisco Pucci, Elena Lournaga, Carmen Midaglia). Ese era el magma, lo que circulaba ahí. Allí empezamos a interiorizarnos Silvia y yo. A discutir más y enterarnos más de lo que era la historia de la mujer. Entramos en contacto con autoras clásicas y con las discusiones de ese momento entre las científicas políticas estadounidenses. Del Río de la Plata, leímos el trabajo de María del Carmen Feijoó, los primeros brotes de interés por la historia de la mujer. Suzana estaba muy empapada en la discusión sobre el rol de la mujer y los estereotipos que enfrentaba dentro de la corriente marxista. Aunque no fuera una cosa rígida, sí había mucha impronta materialista en el pensamiento de Suzana. Ahí por supuesto que discutíamos y comenzó a crecer un fuerte interés en esa mirada [...]. Estábamos palpando, había algo en el momento, que te hacían desmenuzar los roles... aunque no necesariamente tuvimos la posibilidad de formularlo, pero fue todo muy vertiginoso, *bum, bum, bum*, aunque también fue paulatino, yo me acuerdo en mi casa con cuatro niños, en pleno golpe de Estado, los quince días de la huelga, era un borbollón, estaba Héctor Rodríguez viviendo en mi casa. Recién nos habíamos mudado a una casa en Muñoz y Buxareo. No medíamos los riesgos. Teníamos una imprenta en casa, pero nunca nos allanaron. Todo se mezclaba.

2 Rodríguez Villamil, S; Sapriza, G. (1983). *La inmigración europea en el Uruguay: los italianos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

¿El financiamiento externo fue importante para desarrollar esta línea de trabajo?

En 1982 y 1984 empezaron a aparecer becas. Ahí nos presentamos a la International Development Research Centre (IDRC) de Canadá y al Swedish Agency for Research Cooperation (SAREC) de Suecia, lo que nos permitió empezar a construir una agenda de trabajo e incluso comprar un local para el Grecmu. Hubo un encuentro preparatorio para la Conferencia de Nairobi. Ahí comenzó la internacionalización del tema. Suzana se largó a hacer un gran encuentro aprovechando la transición y consiguió financiamiento de Naciones Unidas. Vinieron al encuentro las popes del feminismo latinoamericano: Virginia Vargas, Virginia Guzmán, Julieta Kirkwood, Elizabeth Lobo, Elizabeth Jelin, estaban todas. De Brasil vino gente muy conocida, por ejemplo, Moema Viezzel. Brasil estaba mucho más avanzado que nosotros en cuanto a feminismo.

Es verdad también, que durante la salida de la dictadura aparecieron las primeras voces opositoras al feminismo. Empezábamos a tener participación en algunos medios de comunicación masiva, nos llamaban de las radios, había algunos periodistas relativamente jóvenes en *Búsqueda*, por ejemplo, que nos entrevistaban. Estaba en ese momento todo el fenómeno de los semanarios. Entonces tenías a Lucy Garrido y Mercedes Sayagués en Jaque. Mercedes era una periodista muy dinámica, muy innovadora, que se fue pronto del país (fue la responsable de *La Cacerola*). Y por ejemplo sacó en *Búsqueda*, antes que cayera la dictadura, una serie sobre el aborto en clandestinidad, que hizo mucha roncha. Los temas ya estaban ahí.

¿Cómo fue el trabajo de investigación que terminó con la publicación del libro *Mujer, Estado y política en Uruguay del siglo XX*?

Fue muy importante, empezamos a descubrir que antes que nosotras había habido feminismo. ¡Fue una total sorpresa! Es verdad también que había cierto imaginario sobre las feministas de principios del siglo XX, pero era algo casi olvidado. La investigación para ese libro nos llevó más de un año. La editorial Banda Oriental estaba sacando toda una serie de libros sobre temas actuales. Además, ese trabajo me permitió condensar y usar todas las cosas que venía haciendo: las imágenes de las mujeres en las clases altas, en el suburbio a través de las letras de tango, etcétera. Recuerdo mucho las discusiones entre nosotras: el tema del Estado y su autonomía relativa. Es decir, cuál fue la cintura del Estado para llevar adelante algunos impulsos o reformas. La originalidad de ese trabajo es haber relacionado momentos de debilidad del batllismo con iniciativas rupturistas con respecto a la mujer. Esa es parte de la originalidad. Y después, la revisión y sistematización del tema hasta los años cincuenta, creo que también fue un esfuerzo importante. Tuvimos con Silvia un reparto de tareas. Me acuerdo de que ella era muy precisa y yo más intuitiva, más arriesgada. Me decía «¿estás segura?» y yo, «sí, acá tenés los documentos». Nos llevó tiempo. Nos llevó no solo la parte de fuentes, sino también la elaboración. También Suzana discutió con nosotras partes del libro. Finalmente, lo que hicimos fue una historia de las mujeres, la categoría *género* no estaba aquí como concepto totalmente elaborado dentro de la corriente en la que estábamos trabajando. Nuestra brújula para situarnos en la historia feminista o historia de las mujeres era el feminismo socialista. «Nosotras somos socialistas, no nos confundan». Silvia tenía esa ironía fina. Siempre estaba eso de encasillarse para protegernos. Me acuerdo que había periodistas que te preguntaban «así que ustedes queman soutienes». Y en realidad nosotras ni presente teníamos ese tipo de intervenciones. Ese feminismo de barricadas. No estábamos tan actualizadas en los debates internacionales. Nos largamos al ruedo sin muchas armas, pero sí con estrategias e información para defendernos en las apariciones públicas. Sobre todo, usamos

3 Rodríguez Villamil, S; Sapriza, G. (1984). *Mujer, Estado y política en el Uruguay del siglo XX*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

en el debate público la investigación sociológica, datos sobre la participación política, la disparidad de ingresos en el mercado laboral, ese tipo de cosas. Me acuerdo de algunas entrevistas con Neber Araujo. Y preguntas cáusticas como «Usted está acá y ¿dónde están sus hijos?»; y contestarle «¿Usted les pregunta eso a los varones políticos o diputados?» Pero en ese momento debías tener un poco de agresividad para contestar. También estábamos bastante empoderadas, teníamos esa efervescencia de la transición que alimentaba las ganas de meterle para adelante.

¿Y qué repercusión tuvo el libro?

La verdad que no sé. (Si nos guiamos por la edición agotada y las innumerables fotocopias que se hicieron de ese texto, debería decir que fue importante, aunque no hicimos un análisis de sus repercusiones. Sí sé que sufrimos una andanada de críticas en un seminario organizado por Carlos Zubillaga en el CLAEH, sobre todo por el trabajo en donde analizaba las letras de tango y variaba del set de fuentes tradicionales. Fue demasiado revulsivo. Las críticas fueron tan ácidas que me acuerdo de que tanto Silvia como yo quedamos muy afectadas. Ella había presentado un trabajo en el que analizaba la revista que dirigía Paulina Luisi, *Acción Femenina*. En ese seminario vivimos una situación muy violenta, nos subrayaron que en la academia no se utilizaban fuentes de ese tipo, para hacer una historia de las mentalidades y que no respetábamos el canon. Me acuerdo de que el joven Gerardo Caetano nos acompañó hasta la parada del ómnibus y nos pidió disculpas, porque había sido muy fuerte. Quedé marcada. Años después se me ocurrió dar un concurso para ingresar a Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y fue una guerra total de algunos colegas.

Vos has hablado en varios de tus trabajos sobre la importancia de 1984 como irrupción de la mujer en la esfera pública. ¿Cómo evalúas el vínculo del feminismo con otros movimientos sociales?

Sí, pienso ahora, por ejemplo, en la relación con el Movimiento de Derechos Humanos. El vínculo con el Serpaj (Servicio Paz y Justicia). El feminismo en ese momento era una conjunción de varias corrientes, pero te diría que con Derechos Humanos hubo una tendencia a congregarse a su alrededor. También hubo fracturas, muy duras, en torno a la Ley de Caducidad. Hubo una famosa polémica en *La República de las Mujeres* entre Nea Filgueira y Lucy Garrido. Lucy la calificó como «Nea neoliberal», ¡tremendo! Nea defendía que no teníamos que pronunciarnos sobre derechos humanos. Ahí nos sacamos chispas. Un núcleo importante sostenía que no podíamos pensar en un feminismo que no tuviera un claro pronunciamiento sobre derechos humanos. Se superponen. Pero también es como la relación de la izquierda con el feminismo, no es un matrimonio muy bien avenido, no hay mucha conjunción entre las dos. Pensalo en Argentina, las Madres y las feministas... Hay una, Norita Cortiñas, que es militante feminista, ¿pero el resto? No dialogan con el feminismo, corren en paralelo...

¿Fue en ese momento que comenzaste a trabajar el problema de las mujeres trabajadoras?

Claro, en mi contacto con la historia de vida de Jorgelina Martínez, percibí la escuela que traían las mujeres sindicalistas: manejo de asambleas, experiencia en tomar la palabra. Nosotras éramos unas bebés de pecho al lado de ellas. Además, estaba en contacto con Héctor Rodríguez y él me decía «Si a vos te interesan las mujeres en la participación política, por qué no averiguas qué pasó en Juan Lacaze que me acuerdo que los viejos sindicalistas ahí decían que las mujeres habían sido muy importantes». De a poco fue entonces cuajando la idea de avanzar sobre esa línea.⁴ No te olvides que decía que estaba muy influida por el feminismo socialista. Por lo tanto, teníamos que ir a estudiar la vanguardia, el movimiento proletario y el lugar que tuvieron en ella las mujeres. Dicho así parece una cosa medio

4 Sapriza, G. (1993). *Los caminos de una ilusión. 1913 Huelga de Mujeres en Juan Lacaze*. Montevideo: Fin de Siglo.

esquemática, pero no. Había una cuestión solidaria y militante de convencer a los varones militantes de la importancia de reconocerles un lugar a las mujeres.

Además, ya desde antes, habíamos construido desde el movimiento y desde el Greclu una relación con el sindicalismo. En la revista que teníamos, *La Cacerola*, nosotras adaptábamos algunas investigaciones en artículos fáciles de leer. Y a su vez teníamos reuniones con las periodistas que tenían en sus manos el boletín ese y lo llevaban para trabajarlo a los sindicatos, a los grupos de mujeres y después volvían y decían «Bueno, mirá, dicen tal cosa o preguntan tal otra». Y ahí íbamos nosotras... Por ejemplo, con el Congreso Obrero Textil tuvimos un vínculo fuerte, porque en Paso Molino vivían muchas mujeres del Plenario de Mujeres del Uruguay (Plemuu), entre ellas Margarita Percovich. Entonces había una sinergia propia de esas redes sociales que se habían armado en ese período.

¿Cómo vivías el hecho de que estabas construyendo por primera vez un relato para grupos que no tenían hasta ese momento ninguna narración sobre su propia trayectoria?

No me lo planteaba demasiado. Se vivía. Estaba todo muy mezclado. Y leíamos mucho también. Estoy pensando en Sheila Rowbotham (de *Hidden from History*), estaba bastante influida por ella y la historia desde abajo (R. Samuel, etc.) y por Michelle Perrot y las charlas con Elizabeth Lobo. Elizabeth era una socióloga brasileña que murió en forma trágica mientras estaba haciendo algo similar a lo que estábamos haciendo aquí: vincularse con los movimientos sociales. Ella trabajó con los Sin Tierra y murió en un atentado en la carretera en 1992. Con ella tenía un vínculo bien estrecho. Ella devino trotskista, pero tenía su pasado estudiando a Emma Goldman y los anarquistas y por supuesto yo tenía mi corazoncito ahí. No te olvides que había pasado por Bellas Artes y tuve una línea de investigación sobre mujeres anarquistas que me apasionó. Y sí, no tenía consciencia de que estaba haciendo un «descubrimiento» de nuestro pasado, de las disputas que hubo entre las diferentes corrientes a principios del siglo XX y ver cómo se metía eso en el mundo de la política.

Hay un trabajito que fue previo: hacer las historias de vida de varias feministas del siglo XX. Hacer sus trayectorias porque en ese momento me interesaba ver la transmisión, comprender que nos había pasado y cómo nos habíamos olvidado de que existían feministas en Uruguay. Como se instalan esos cortes entre los desplazados o marginales, que no pueden construir su propia historia en forma continua y viven entonces una experiencia histórica plagada de interrupciones. Ahí llegamos al proyecto «Memorias de Rebeldía»,⁵ que fue evaluado en el exterior y recibió financiación de SAREC (Agencia sueca para el desarrollo). Lamentablemente en ese momento Suzana entró en crisis y fue un cimbronazo grande para nuestro grupo. Y también empezó, a partir de ese momento, a retirarse la cooperación internacional y quedamos ahí vacilantes haciendo mucha cosa para mantenernos.

¿Y la herramienta de historia oral fue muy criticada en ese contexto académico?

A mí comenzó a interesarme la historia oral y la cuestión del testimonio por las posibilidades que abría para los temas que trabajaba. Y ahí conocí la producción de Paul Thompson y la «historia desde abajo» [...]. En ese momento, en la transición, había reuniones de discusión. Por ejemplo, Barrán y Nahum publicaban algo y había una reunión ampliada para discutir ese texto. Se producían discusiones feroces, y encuentros malogrados, chocaban diferentes corrientes o interpretaciones. Zubillaga, estaban Gerardo y Rilla; de Argentina, Luis Alberto Romero (hijo de Romero), Hilda Sabato, y toda la onda de los ingleses que yo conocí a través de ellos [...]. Con respecto a tu pregunta, me parece que hasta hace poco en Uruguay se siguió cuestionando su validez y sus alcances entre académicos más positivistas. También es verdad que algunos la han mal utilizado pensando que con ella encontrarás

5 Sapriza, G. (1988). *Memorias de rebeldía. Siete historias de vida*. Montevideo: Puntosur-Greclu.

«datos». Pero de todas formas en el Río de la Plata se volvió rápidamente una corriente muy renovadora y con fuerza, sobre todo en la Argentina. La presencia de Alessandro Portelli, por ejemplo, quien venía a todos los encuentros, legitimó mucho a nivel local esta forma de trabajo.

El propio recorte del objeto, el trabajar o querer visibilizar temáticas que no están en las fuentes tradicionales implica desarrollar nuevas estrategias.

Crear tus propias fuentes. El arrastre positivista que una tiene de formación es un tema, pero también en cierto sentido fue una salvaguardia. El objetivo fue siempre diversificar fuentes, no sustituir una por otra. De ahí que me acerqué al testimonio, buscando ponerlo en diálogo con otras fuentes, entretejiéndolo y poniéndolo en cuestión. Aprender a interpretar, eso fue lo central y ahí tuvimos el aporte también de gente que venía de la antropología en Greclu. Estaba Kirai de León, con la que discutíamos bastante sobre todo esto. Y ahí yo armé un grupo en Greclu de historias de vida. En Argentina hicimos un curso con Paul Thompson, pero acá vino Daniel Bertaux, que era un sociólogo francés que estaba trabajando con historias de vida. Todo era renovador. El feminismo, la historia social, la historia desde abajo, la historia oral. Como que todo estaba en eferescencia y se movía. Era fácil el trasvase. Fácil y también cuestionador y cuestionado o discutido.

Y en esto de dar visibilidad y buscar voces que quizás eran invisibilizadas, en tu tesis de maestría también te metiste con la intersección de la raza como otra categoría. ¿Qué te llevó a querer trabajar desde esta perspectiva?

Llegué a ese asunto debido al tema del aborto y el avance eugenésico en el novecientos. El vínculo con el movimiento de mujeres me instaló el tema del aborto que había tenido una primera visibilización durante la transición. Y ahí «descubro» que, en plena dictadura de Gabriel Terra, el codificador Irureta Goyena, conservador hasta las patas y fuerte opositor al batllismo, apoyó el aborto. Me pareció algo muy llamativo y raro. Y ahí agarré la punta de la madeja. Por suerte conseguí una beca, hubo un llamado de la Fundación Carlos Chagas, de Brasil y fue una experiencia de formación fantástica. Un *staff* de docentes daba sus seminarios y tenían un sistema en el que vos presentabas tu proyecto, te lo aprobaban, te financiaban durante un año y tenías una tutora e instancias intermedias de entrega y evaluación en conjunto con todos los integrantes del proyecto. Entonces tenías un bombardeo de ideas fantástico. Fue súper lindo. Y a partir de ahí yo hice un primer avance sobre el aborto: saber cómo había sido el contexto de la despenalización del aborto en Uruguay en los años treinta y cómo había sido la nueva penalización. Y justo fue en ese momento que entré por concurso como investigadora a Facultad de Humanidades y se abrió la maestría a la que también logré ingresar. Y ahí entonces... viste cuando cerrás una investigación y decís «todo me da para esto». Estaba muy en la onda de Barrán, la medicalización, el desplazamiento de las parteras, pero a último momento me empieza a aparecer con insistencia el término, la referencia a la eugenesia. Y ahí resuelvo que mi proyecto de tesis iba a ser sobre la eugenesia, que no solo habla de las mujeres, sino de razas.⁶

José Pedro Barrán fue tu tutor

Barrán fue mi tutor. Nos peleamos bastante. No, no nos peleamos, en realidad él me corregía y yo lloraba (*risas*). Yo ya era grande, tenía una trayectoria, tenía mis hijos grandes, no puedo decir que estuviera vieja, pero sí no estaba acostumbrada a que me corrigieran de esa manera que corregía Barrán. ¡No sabés lo que era! Yo ponía entre comillas una cita de algún autor y él decía «esto está muy bien» y «esto qué mal redactado». O escribía en el margen «Este concepto está muy poco claro» y yo «pero

6 La tesis de Maestría se tituló *La utopía eugenista. Raza, sexo y género en las políticas de población en Uruguay (1920-1945)*.

es Foucault el que dice eso» (*risas*). Era una especie de radiografía. Fue bárbaro. Precioso. Uno de sus comentarios: «Pero vos te das cuenta de que si concluís con esto, no va a favor de tus ideas». «Y sí, qué voy a hacer», le respondía...

Y el concepto de género ¿cuándo empezó a estar operativo en Uruguay? ¿Fines de los ochenta, principios de los noventa?

En los años ochenta hablábamos todavía de feminismo, no tanto de género. Esa categoría recién se va a empezar a utilizar en los años noventa, y ahí me acuerdo que muchas feministas decían «Ah, ahora hablamos de género y dejamos de militar». Se produjo una crítica sobre el uso de ese concepto y sus efectos despolitizadores, en la medida que permitía una serie de desplazamientos, en donde se lavaba la agenda, se perdía contenido. Además, su uso se dio en paralelo al proceso de institucionalización del feminismo y su pérdida de presencia pública en las calles. Recuerdo que hubo un encuentro en la Facultad de Humanidades en 1998 que fue «El concepto de género» que luego publicamos en la editorial Trilce.⁷ Seminario en el que discutimos en torno al uso de esa categoría analítica. Me acuerdo que participaron, entre otras, Rosario Aguirre y Susana Rostagnol. Además, en mi caso había ido a Québec (Canadá) a hacer un posgrado, antes de comenzar la maestría, que fue sobre desarrollo y ahí trabajamos específicamente el artículo de Joan Scott, que ella había publicado a fines de los años ochenta.⁸

¿Qué te pareció cuando lo leíste?

Súper complejo porque viste que ella va desarrollando el asunto en varias capas. Me acuerdo de que lo discutimos en diálogo con otros enfoques, como fueron los aportes de Nancy Fraser y el debate que luego tuvo con Judith Butler. Si vos te guías por Scott y seguís su producción, avizorás un buque insignia que te permite orientar tu trabajo. Por ejemplo, su artículo «Experiencias» es súper complejo y potente. Yo lo he trabajado con mis alumnas de maestría en un seminarito que hacíamos y las discusiones que abre son muy interesantes, y con consecuencias académicas y políticas.⁹

Graciela, escuchándote parece claro que siempre tuviste una vocación interdisciplinaria. Esto de intentar trabajar con otras disciplinas...

Sí, porque soy normalmente o anormalmente dispersa (*risas*). Me interesan muchas cosas y no me gusta ceñirme a un esquema y a una interpretación. Siempre estoy buscando otro costado. Tengo que controlar esta tendencia, pero también eso me lleva a buscar otras aperturas. Va por ahí. Desde el comienzo me inscribí en Filosofía e Historia, hacía Letras en francés y Bellas Artes. Tenía muchos núcleos de interés. La interdisciplina es algo difícil de lograr. Por ejemplo, cuando estuvimos trabajando la segunda generación en el campo de la memoria, dialogamos con gente de Psicología, con los que tuvimos debates sangrientos. Pero lees algún artículo conjunto y decís «aquí avanzamos».

Vamos a la última etapa en tu producción, en la que te metiste de lleno con los estudios sobre la memoria. ¿Cómo fue la llegada a ese problema de investigación de nuevo?

Cuando entré a la Facultad de Humanidades lo hice en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (CEIU) que estaba especializado en historia del pasado reciente; yo metí el tema de la

7 Sapriza, G. (2001). Historia y género. En A. M. Araújo y L. E. Behares (Orgs.), *Género y sexualidad en el Uruguay*. Montevideo: Trilce.

8 Scott, J. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas (Comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). Ciudad de México: PUEG.

9 Scott, J. (2001). Experiencia. *La Ventana*, (13), 42-73.

sexualidad y el aborto inicialmente porque estaba haciendo mi tesis sobre eso. Pero mi regreso a la memoria y a la historia testimonial se debió a Lucía Sala, quien tenía material de su período de exilio de las redes de solidaridad. Si bien Lucía estaba en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos (CEIL) y yo estaba en el CEIU, compartíamos la misma sala y conversábamos. Y entonces me decía: «Tú tenés el deber y la responsabilidad de estudiar qué hicieron las mujeres en la dictadura, porque yo tengo las cartas que escribían las mujeres de los presos y las mujeres que estuvieron presas, te las voy a dar». Y yo decía: «Lucía, yo ya viví eso, no quiero meterme en una cosa tan próxima». Pero al final me metí. Y sí, fue todo un exorcismo si querés. No solamente es historia del pasado reciente, sino que vos la viviste de alguna forma, la procesaste y volvé a visitarla. Es de doble proximidad si querés. Trabajás el tema de la mujer y de la memoria de ese período. Y entrás y salís, como me dijo Jelin en alguna ocasión. Fue duro...

¿Y Memorias para armar fue por ahí?¹⁰

Por esos años me presenté a un proyecto de Dedicación Total en la universidad, pero Zubillaga lo evaluó mal. El proyecto era un primer avance de la reconstrucción de la memoria de las mujeres en la época de la dictadura. Si lo mirás hoy, el proyecto no estaba tan redondito, pero tenía las bases para ser aprobado. Fue terrible. Nunca entendí muy bien, pero era como su enemiga política. Y me mandó a la papelera. Toda la gente de Ciencias Sociales decía «no puede ser». Pero al final yo tampoco lo recusé. Paralelamente a eso, también las ex presas políticas mujeres se habían empezado a movilizar. En 1997 se reunieron por primera vez y ahí pido que me inviten a las reuniones y empiezo a participar de esos encuentros que se volvieron el grupo Memoria y Género. Y ahí hay sí una participación muy activa mía para que se decidieran a hacer la convocatoria para que la gente enviara textos que narraran su experiencia. En el grupo asesor participaron Hugo Achugar (el único varón), Lucy Garrido, Rosario Peyrou, Elena Zaffaroni, Marta Valentini, Isabel Trivelli, Charna Furman y yo. Ahí empiezan a discutir sobre feminismo las mujeres que habían estado presas y se lanzó *Memorias para armar*. Fue una experiencia muy linda y removedora.

¿Y qué te parece a vos que le aporta el género a la memoria?

Le aporta construir un relato diferente, un relato que escapa de la cuestión varonil épica y heroica, del *estuvimos siempre en la barricada, en contra del poder y el autoritarismo*. Es decir, había un solo relato, por ejemplo, el de Eleuterio Fernández Huidobro, José Mujica y Mauricio Rosencoff. Sobre todo, un relato del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), porque el Partido Comunista se quedó sin voz hasta el trabajo que hizo Álvaro Rico recientemente. Cuando yo entré al CEIU, venía de la historia oral, había hecho cantidad de entrevistas para *Memorias de rebeldías*, para el tema del aborto a las parteras viejas. Entonces reviso lo que habían hecho en el CEIU sobre la transición y habían entrevistado a gente de la política, la cultura y el movimiento sindical. Todos hombres, no había una sola mujer. Entonces, claramente era una cicatriz. Y bueno, fue eso. Como que se juntaron el hambre y las ganas de comer (*risas*). Pero fue un tránsito muy pesado. Tuve que volver a terapia. ¡Leer todo eso fue terrible! No solo los testimonios. Porque estaba en el equipo de Presidencia que trabajó sobre la violación de derechos humanos durante la dictadura y ahí vinieron los archivos, los informes, las entrevistas que tenían... Era una situación penosa atrás de otra. Muy fuerte. Yo no podía parar de llorar. Se te hace ahí una zona de sufrimiento, de debilidad. Además, hijos... Después, vino una segunda etapa, en donde nos metimos con la segunda generación, con los hijos e hijas. Eso fue allá por el 2010 más o menos... Y están tan afectados como la gente que estuvo torturada y presa. Hicimos un seminario

10 *Memorias para armar* (2003) Tres volúmenes. Montevideo: Senda.

sobre hijos, le dimos cabida. A ese seminario vino gente de Chile y Argentina e hicimos el eje en esa generación y la posmemoria.¹¹

¿Ahora qué se viene? ¿Cuáles son tus líneas actuales de trabajo?

Después de la muerte de mi compañero, Tomás, en un accidente, me gustaría cambiar de tema. No quisiera seguir trabajando sobre cosas ligadas al dolor. Ya está. Creo que colaboré en algo. Y lo que me gustaría hacer son cosas más divertidas. Una idea que me deslumbró fue el libro-objeto de Michelle Perrot que se llama *Mujer en la ciudad*. Entonces pensé en hacer algo similar acá. El primer paso sería recuperar los testimonios que relevé hace muchos años cuando hacía un programa radial en el que utilizaba las historias de vida para elaborar la historia de los barrios o de una esquina o una zona. Y ahí en la radio abría el micrófono y se producía una avalancha de testimonios. Una cosa colectiva muy linda. Lo mío era proporcionar un contexto, una escenografía y una creación momentánea cuando ponías música, leías un relato y ahí empezaban a llegar los testimonios, los recuerdos... Bueno, me gustaría utilizar todo ese material como una entrada y darle una nueva vuelta analítica. Además, invité a participar en el proyecto a mi nieta María, que es fotógrafa. Me cerró eso de abuela y nieta trabajando juntas en una cosa de este tipo.

Una última pregunta: en una entrevista para el Archivo Sociedades en Movimiento señalaste que en los ochenta ser «feminista académica era una aberración» y que ese concepto te producía mucha irritación. ¿Nos podés explicar un poco eso?

La que introdujo dentro del feminismo de aquí la palabra *académica* fue Suzana Prates, que venía de espacios de circulación e intercambio internacionales. Pero acá en ese momento ese término convocaba a pensar en naftalina, porque identificábamos la academia como lo viejo, lo rancio, como aquello contra lo que había que reaccionar. Y cuando empezó a decirse dentro del campo que alguien o algo «tiene nivel académico» era para señalar que el trabajo o la persona venía de escenarios internacionales. A mediados de los ochenta, se pensaba que el feminismo venía de una cosa más de las bases, alimentado sí con rigurosidad e investigación, pero lo académico era rechazado. Me acuerdo de una discusión en el sótano del local de Cotidiano Mujer en la calle Jackson sobre el conflicto entre las feministas financiadas y las feministas militantes. Se asimilaba en ese momento las financiadas con las académicas y nosotras queríamos sacudir eso. La palabra *académica* era irritante, contaminaba. Como que lo académico parecía que separaba, como que establecías una torre de cristal. La distancia del intelectual en su laboratorio, que lo sabe todo, que está por encima de las nimiedades mundanas.

¿Hoy te definirías como una académica feminista?

Me defino como una historiadora feminista. Una hacedora. No sé si soy (o me siento) académica.

11 Sapriza, G., y Montealegre, N. (2022). *Infancias en dictadura. Sobre narrativas, arte y política*. Montevideo: Alter Ediciones-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.